
CAPITULO XX.

EL HORROR PÚBLICO.

El suceso era grave, la escena trágica, el muerto interesante, el matador extraordinario, y la herida que destrozara el corazón del joven, había destrozado también la cabeza del Imperio. El cadáver, todavía caliente, fué trasportado á una farmacia vecina, donde comenzó el horror que debía atravesar bien pronto, como gran relámpago, toda la ciudad de París. Víctor Noir, á la simple vista, no estaba muerto, sino dormido. Su tez tenía toda la transparencia de la juventud como si la sangre hirviente circulara aun por las venas animadas de calor primaveral. Ningun gesto de terror en su faz, ninguna amargura en sus labios, antes sonrisa dulcísima, como si hubiera muerto sin comprender que se moría, como si soñara aun risueñamente con la felicidad que le aguardaba sobre la tierra. El contraste entre lo robusto de la vida y lo brusco de la muerte era horrible. La Providencia quiso escoger cuerpo sano, salud floreciente, fuerza hercúlea, juventud temprana, todas las alegrías de la vida para demostrar más cuán enorme era el atentado, y cuán

perverso el reo. En su furia, en su ira; ébrio de orgullo, arrastrado por el demonio de las pasiones, Bonaparte derramó soplo de muerte sobre ardiente llama de vida. Los médicos, los farmacéuticos, los vecinos abrían las vestiduras de la víctima, desbotonaban la camisa, buscando bajo aquellas crasas carnes algún latido de vida, alguna esperanza de salvación. ¡Inútil! ¡Completamente inútil! Un agujerillo redondo, negro, sito sobre el corazón, señalaba bien el abismo pavoroso de la muerte aunque fuese leve hendidura abierta á la vida: que tan deleznable es nuestro sér y tan frágil nuestro organismo. La mano del matador fué segura, el ojo certero, la puntería irreprochable, la serenidad olímpica; había dado en el corazón, y todo estaba concluido. ¡Un muerto más sobre la familia de Bonaparte! ¡Un muerto más sobre esa raza de caníbales!

Nada significa un muerto, lo que una hoja en la selva, lo que una gota en el mar, lo que un suspiro en la atmósfera, puesto en la cuenta de aquellos, que á semejanza del Arimhan

mazdeista, nacieron para emplear las fuerzas de destrucción, ángeles exterminadores, enviados de la cólera divina, monstruos de la muerte; los que trocaron en vastos cementerios los ardientes desiertos de Egipto y el helado desierto de Rusia; los que prendieron sin pestañear fuego á los muros de Zaragoza, de Gerona, y observaron serenos el suicidio de estas dos ciudades ilustres, cuyos sitiados habitantes parecían en la extenuación del hambre y en el martirio de la pelea, como muertos reaparecidos, como sombras de la eternidad, como evocaciones del sepulcro; los que destruyeron Jafa, pasando á cuchillo en el asalto diez mil habitantes, y después de la victoria, contra las mismas bárbaras leyes de la guerra, asesinando á dos mil quinientos prisioneros en horrible matanza; los que se calentaron en el incendio de Moscow, y vieron sin horror morir su ejército en el mármol Berecina; los que desde Toton hasta Waterlói, dejaron por los campos de Italia, de España, de Egipto, de Palestina, de Tyrol, de Suiza, de Francia, de Alemania, de Rusia, piras de mondados huesos, generaciones degolladas y extinetas, como holocaustos necesarios á su ambición, como horribles trofeos de su despotismo.

No podía eximirse la familia, no, de la responsabilidad, que tocaba á todos, por el crimen de uno sólo. Hay en la naturaleza humana instinto incontestable, á juzgar á cada cual según sus leyes: nosotros, los plebeyos, los que no exhibimos la memoria de nuestros abuelos para demandar privilegios, ni los títulos de las generaciones pasadas, para oprimir á las generaciones presentes, podemos invocar y aceptar el dogma de la responsabilidad personal, y responder sólo de nuestras ideas y de nuestras obras; pero los que piden privilegios por tener algunas gotas de sangre ilustre en sus venas, y creen haber heredado, no solamente las cualidades fisiológicas, sino también las cualidades morales de sus antecesores; y amortizan lo más individual é in-

timo, lo más propio de cada sér, el genio, presentándolo como un númen sobre sus sienas y como un diamante sobre sus coronas; esos que forman raza aparte, privilegiada casta, algo sobrenatural que á cien generaciones se trasmite, comparten todos entre sí, como un sólo hombre, tanto las glorias como las infamias, tanto la fortuna como la desgracia, tanto el poder como el cadalso.

Y si no, mirad á los pueblos modernos. Los que ayer formaban castas de reyes, forman hoy castas de desterrados. Cuando un pueblo sacude una dinastía, impone por regla general á todos sus miembros la pena del destierro, como una defensa necesaria contra el recuerdo de sus privilegios. O las dinastías no son nada ó son familias unidas por el lazo de la sangre al poder, y á las sombras, y á los recuerdos del poder. Esta unión les da comunidad de ventajas y comunidad de desgracias. El alma siniestra de Pedro Bonaparte, pues, envolvía como una inmensa nube el trono de los Césares. La sangre, que cayó sobre su conciencia, salpicó el armiño imperial con manchas indelebles. Ya lo comprendió así Napoleón cuando supo en la estación del ferrocarril del Havre, al volver de un paseo á Saint-Cloud aquella misma tarde, la terrible nueva. Sus labios se contrajeron, sus ojos relampaguearon, alterósele el semblante siempre inalterable, crispáronse sus nervios como si recibiera la sacudida de un rayo, flaquearon sus piernas y retrocedieron sus piés, viendo sin duda en los giros del aire, en los espacios de la conciencia, la sangre escapada de la herida del mancebo mártir, cayendo como una despeñada catarata sobre las Tullerías, y rompiendo en mil pedazos el trono de su raza, la herencia de su hijo.

Acababa de celebrarse la sesión de la Cámara, cuando llegó la noticia del crimen. Auteuil, el elegante barrio habitado por el príncipe Bonaparte, se extiende desde los últimos límites de la esplanada de los Inválidos, hasta las primeras alamedas del bosque de Boulogne;

por consiguiente se extiende cerca relativamente de la Cámara de los diputados. El sordo rumor pasaba de boca en boca, de casa en casa, encendiendo en ira los corazones, como un reguero de pólvora. Formábanse corrillos, departían unos con otros los transeúntes, comunicábanse sus ideas y sus emociones, con la franqueza propia de las grandes ciudades, donde veis hoy á uno, y acaso no lo volveréis á ver jamás en vuestra vida. Rochefort lo supo pronto, y se quedó frío como una estatua. Víctor Noir era de sus partidarios, de sus compañeros, de sus comensales, de la juventud republicana que él capitaneaba, y que comprometía en sus empresas políticas y en sus peleas de estilo y de ingenio. Su primera emoción fué de agudo dolor tributado al amigo mártir. La segunda fué de recelo por los compromisos que pudiera traerle el cargo que desempeñaba, el tono de su periódico, el ardor de los ánimos, el recuerdo de sus imprudentes discursos, el cúmulo de sus temerarios juramentos. Naturaleza flexible y móvil, bien pronto volvió á su vehemencia. Febril, nervioso, descompuesto, fuera de sí, dirigióse al ministro de Justicia, al guardasellos como dicen allí, y le preguntó si los franceses podían estar seguros bajo los Bonapartes, porque si no, se irían á las selvas á vivir entre las fieras. La respuesta de Emilio Ollivier fué decirle que inmediatamente había abierto el proceso, y conducido al reo en seguridad á la Conserjería para ser públicamente juzgado con anuencia completa y autorización absoluta del Emperador Napoleón.

En efecto, aquella misma tarde, al anocheecer, entraba Pedro Bonaparte en la cárcel de la Conserjería. A la orilla izquierda del Sena, cerca de la isla histórica donde se levanta Nuestra Señora de París, sobre el muelle del Reló, se ve gótico edificio, compuesto de gruesas cilíndricas torres que parecen feudales fortalezas, y de gruesas sombrías paredes ennegrecidas por el curso del río y por el

curso del tiempo, donde la mente se recrea á la vista de los puntiagudos techos y de las góticas ventanas en evocar la sombra de otras generaciones, el recuerdo de otros tiempos, con la viveza que adquiere la imaginación, cuando se despierta al contacto de realidad tan visible y tan palpable como un grandioso monumento. Allí ejercieron sus terribles venganzas los asesinos á sueldo del duque de Borgoña. Allí pasó sus últimos días, transida de frío, cubierta de remendado traje, insultada por las calceteras de la guillotina, María Antonia de Lorena, hija de la Emperatriz de Austria, y reina de Francia. Allí expió su amor á la República, su grande superioridad tan difícilmente perdonada por las demagogias, la mujer heroica que había dado un alma á la revolución. Madama Rolland, educada en los libros de los filósofos antiguos y en las lecturas de Plutarco, nacida para la libertad y para la patria, muerta con la serenidad de un mártir, por el arraigadísimo sentimiento y la fundada esperanza que tenía de su inmortalidad. Aun se ve en sus paredes la sombra del dulce Maesherbes, el defensor de Luis XVI, y el reflejo de la memoria de Bailly, el ilustre astrónomo, alcalde de París, levantado y hundido por las pasiones del pueblo, tan fácil de moverse al amor y al odio, como el sensible y cambiante océano. Apenas se puede penetrar bajo aquellas heladas bóvedas sin experimentar el frío de la agonía de Robespierre; ni perderse en aquellas sombras sin escuchar el hervor de aquella fragua, donde se forjaban las grandes ideas, más colosal cuanto más se acercaba al cadalso, el alma de Danton, resplandeciendo con nuevos resplandores sobre su ocaso teñido con los purpúreos reflejos de nubes de sangre y con el siniestro relumbrar de la tempestad. Os enterneceis, llorais, cuando sentís el quejido de aquel eterno sublime niño, nacido para hablar como un orador antiguo en las fiestas de Grecia, sobre una peana de mármol, bajo la sombra de un laurel

de Delfos, y arrojado como un aereolito misterioso por el destino en los calabozos de la Conserjería para ser consumido por las cóleras y por las venganzas de la revolución. Allí fué preso el gran sofista Pedro José Proudhon; y allí iba á responder de su crimen el gran criminal Pedro Napoleon Bonaparte.

Pero el pueblo no se contentaba con esto. París quería una más alta víctima, una más ruidosa venganza. Apartábanse los ojos del asesino para fijarse en el Emperador. Un nuevo convidado de piedra entraba en los festines de las Tullerías y descargaba la mano pesada y yerta, sobre el cesáreo cetro, cada día más quebradizo y más frágil. No era aquel Baudin, exhumado del ingrato olvido por la prensa, muerto, tanto á las balas de los pretorianos, como al menosprecio de los trabajadores; era un joven cuya vida oscura resplandecía como un meteoro, cuyo mérito mediano se ajigantaba con la muerte, cuyas esperanzas, segadas en flor, y caídas sobre su ataúd, le daban melancolía y sublime poesía. A su lado aparecían, heridos en el corazón también un padre amoroso, un hermano leal; una hermana querida, y sobre todo, aquella tierna amante, joven hermosa, enamorada, que apercibía su lecho nupcial y tropieza con la sepultura, que trenzaba en sus sedosos cabellos la corona de azahar y se clava la guadaña de la muerte, que se probaba su velo de novia y debía ceñirse los lutos de la viudez, herida en el alma, asesinada por la mano alevé del brutal Bonaparte. Hasta se hablaba de un niño, de un sobrinito, hijo de sus hermanos, que no quería creer la muerte de su tío, y le tomaba por dormido; y decía al duelo que le dejaran en paz, que no le despertasen, porque acaso le habían fatigado mucho los trabajos de aquel día. Así todos los sentimientos humanos se interesaban á una en la gran tragedia. Todos los corazones latían

unísonos en aquel momento. Los padres, las madres, miraban á sus hijos y preguntaban al cielo si no podía haberles sucedido lo mismo. Los amigos se acordaban de los amigos. Los jóvenes que debían ser llamados á reemplazar el reflujo de las generaciones viejas, de las generaciones próximas, escuchaban y repetían toda suerte de amenazas contra sus infames señores. Las jóvenes lloraban el amor segado en primavera, la pobre novia ya viuda; y añadían al horror general toda la fuerza de sus sentimientos. Era, pues, París, un tonante volcan de encendidos ódios y de tremenda cólera.

Las reuniones públicas, tan gárrudas y tan temerarias de ordinario, se disolvían jurando revolución y venganza. Las gentes que pasaban bajo las ventanas de las Tullerías, fulguraban miradas de cólera y mostraban el puño en ademán de dar un golpe. Los exaltados del barrio de San Antonio y de Belleville encendían antorchas, y se daban á correr en busca del cadáver, como bacantes ébrios de ódios. Otros hablaban de conducirlo sigilosamente en coche de alquiler hasta el centro de los grandes boulevares, y allí mostrarlo al pueblo indignado, moviéndolo contra el César, como Antonio mostró el cadáver de Casio y contra Bruto. Por todas partes se oía: á las armas, á las armas. Un génio invisible trazaba en los aires, al reflejo de aquella ira universal, la palabra sacramental de las grandes crisis, la palabra del momento, la palabra revolución. Se oían sus detonaciones, y se esperaba por unos y se temía por otros su irremediable estallido. El trono de los Bonapartes caía con horrible estrépito bajo los anatemas de la conciencia pública. La libertad sólo había servido para precipitar la ruina y acelerar la catástrofe.

CAPITULO XXI.

EL ENTIERRO DE VICTOR NOIR.

Terribles días el once y doce de Enero de mil ochocientos setenta: días de ira popular, días de inenarrables tragedias. El once, de buena mañana, la *Marsellesa* dirigida, como hemos dicho, por Rochefort, aparece orlada de negro, con las declaraciones de los testigos del asesinato, y un llamamiento á las armas. La sesión del Cuerpo Legislativo se abre en medio de agitaciones casi epilépticas y de gritos casi revolucionarios. En el salón de conferencias los diputados, los periodistas, los curiosos, en grandes grupos, en coros numerosísimos, vociferan, gesticulan, disputan. Nunca se desmostró tan claramente aquella profunda observación de ingeniosísimo inglés, el cual decía que todos los franceses saben hablar bien pero que ninguno sabe oír, ninguno escuchar. Cada ciudadano lanzaba sus largas observaciones como un monótono monólogo. En lo que todo el mundo convenía era en la proximidad, en la inminencia de gravísimos sucesos. Mirábanlos venir con alegría los partidarios del Imperio dictatorial, porque á ellos fiaban la muerte

de la renaciente libertad y la restauración del antiguo cesarismo; mientras los liberales de todos matices, los republicanos prudentes veían caer enterradas en el polvo y en el humo de los motines todas sus esperanzas.

Entróse en las deliberaciones del Cuerpo Legislativo. Los bancos de los diputados estallaban, las tribunas del público parecían doblarse al peso de la gente. Rochefort se levantó y todas las miradas se fijaron en su tétrica figura. La elocuencia le faltaba para tan supremo trance, pues si hubiera podido vibrarla con el arte propio de los grandes oradores, despierta profundas emociones y aterraba y confunde á sus atribulados enemigos. Sólo se le ocurrió un tópico de retórica sobre el pobre hijo del pueblo asesinado por el príncipe de la sangre; y una desdichadísima comparación ya gastada entre los Bonapartes y los Borgias. La mayoría, con su ceguera de entendimiento, con sus extravíos de lenguaje, con sus violencias de golpes y de amenazas, dada al tumulto más que las oposiciones, amiga de las tormentas parlamentarias, como